

0504. Generosos como Dios

Hay una sentencia de Jesús en el Evangelio que, más que una verdad revelada por Dios, es una verdad de convivencia humana y de experiencia de cada día. Nos aconseja Jesús que seamos generosos con los demás, porque somos medidos con la medida que nosotros usamos con los otros. Esto, lo comprobamos en cada momento. Son los otros con nosotros como nosotros somos con ellos.

Y Dios, ¿sigue Dios la misma norma?...

Comienzo hoy por contar una anécdota simpática, y a ver si sacamos todos de ella la misma consecuencia que se me ha ocurrido a mí.

Pues, sí. Hace ya varios siglos que aquel judío bueno había hecho sus ahorros y vivía modestamente con su esposa. Un día se presenta en casa una señora joven, que se dedicaba a la prostitución, y venía a pedir dinero. La sinceridad con que hablaba no se podía poner en discusión.

- Mire, querido señor. No tengo nada, me encuentro mal, y no sé a quién acudir. He pensado en usted, que tiene buen corazón. ¿Me podría ayudar con algo?...

El piadoso judío va a su armario, saca todo el dinero que había en casa y se lo entrega a la pobrecita, que se marcha llenando de bendiciones a su generoso bienhechor. La esposa, sin embargo, que no está conforme, se enfurece y le colma de gritos al marido:

- Pero, ¿te das cuenta a quién le has dado tu dinero, a esa mujer tan perdida?...

Y el otro, sin alterarse, le contesta muy tranquilo:

- Sí, ¿y qué? Si Dios no tuvo escrúpulo en dármelo todo a mí, ¿por qué he de tener yo escrúpulo en entregarlo a una mujer como ésa?...

Les he dicho que proponía este caso tan bello, casi enternecedor, como un acertijo o poco menos. ¿Qué lección nos enseña a todos? Yo les voy a abrir el corazón, y les voy a decir lo que me enseñó a mí apenas lo leí en un libro.

Nos da la gran lección de la generosidad de Dios, tan en oposición con nuestro egoísmo incurable.

Una generosidad de Dios que se manifiesta, sobre todo, en un perdón incondicional del todo.

Generosidad y perdón, frutos de su amor, que son la fuente de nuestra salvación.

¡Pobres de nosotros, si Dios nos hubiera tratado de otra manera! Ni Dios nos hubiera mandado su Hijo al mundo, ni Jesucristo, ya con nosotros, se nos hubiera dado como se nos dio. Porque Jesucristo podía haberse dicho:

** ¿Hablar yo a esta mujer descarada, la de seis maridos a estas horas, que ni se digna alargarme un vaso de agua que le pido?...*

¿Dejarme tocar y perfumar los pies por esta prostituta?...

¿Hospedarme en casa de este recaudador, ladrón de fama reconocida?...

¿Morir yo por estos hombres tan canallas, y dejarles encima mi Cuerpo para que lo coman, mi Sangre para que la beban?...

*No; yo no soy tan tonto como para portarme así con quienes son de tal catadura...**

Esto es lo que podía haberse dicho Jesucristo. Y no hubiera hecho mal, porque nadie le obligaba a actuar de manera tan generosa con quienes éramos enemigos suyos declarados. Podía Cristo haber actuado así, pero entonces nosotros no nos habiéramos salvado...

La generosidad de Dios fue por otros caminos, y salvó a los que no merecíamos ser salvados.

El apóstol San Pablo tiene este punto como algo fundamental de su doctrina sobre la Gracia. Para el apóstol, nuestra salvación es *totalmente* gratuita.

Dios ha obrado con entera independencia de la criatura, para que nadie pueda gloriarse de sus propias obras.

Por nuestro pecado estábamos condenados todos sin remedio, y la salvación la debemos total y exclusivamente a la generosidad de Dios.

Cuando estemos en el Cielo ya glorificados, la palabra que más gritaremos, que más cantaremos, que haremos resonar con más fuerza por los espacios inmensos, será la palabra: *¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!...* No nos cansaremos de repetirla, porque de no haber sido por la bondad inmensa de Dios, hubiéramos corrido la suerte de los ángeles rebeldes que pecaron y Dios, con justo juicio, no los quiso perdonar...

En Jesucristo hemos visto lo generoso y espléndido que Dios ha sido con nosotros. Pero Jesucristo nos ha enseñado además a ser nosotros generosos con los demás como Dios ha sido generoso con nosotros.

Aquel refrán popular: *Haz el bien, y no mires a quién*, será todo lo bello que queramos, pero no lo sabemos traducir a la vida real de cada día.

Trabajamos por éste que nos cae bien, y no sentimos ninguna compasión por aquél, porque nos cae mal... A fulanita le prodigamos mil sonrisas porque es una mujer como un sol, y a menganita le ponemos una cara de diablos, porque ésa es la cara que ella se merece...

El simpático judío de nuestro caso pensaba de modo muy diferente. Con una humildad conmovedora, se dijo:

- ¿Quién es más malo de los dos, ésta o yo? Si Dios se ha portado bien conmigo —itan malo, tan malo como soy!—, ¿por qué portarme yo mal con quien, a lo mejor, es mucho más buena que yo?...

¡Vaya par de lecciones, la generosidad y la humildad, bien difíciles de aprender, que nos ha enseñado hoy, y sin mucho esfuerzo nuestro, un buen judío, bueno de verdad! Pienso que Dios —así me lo imagino, sin temor a equivocarme— debe tenerlo bien alto allá arriba, muy arriba...